

escritores». Queda en el recuerdo la imagen recia, vital, algo desgarrada, de un escritor que, también, nos hace sospechar muchas cosas. Por ejemplo que su manera de ver la existencia era distinta, o diferente, a la nuestra. Porque veía, conocía el mundo, a través de los libros, a través de una capacidad incansable para enfrentarse a todas las cuestiones con un método sumamente eficaz. Es el método del conocimiento; es la manera de comprender lo que otros han hecho leyendo como lo han hecho y, después, inventando una forma especial de construir una realidad personal, trascendente, única. El párrafo anotado corresponde al trabajo que da título a un libro denominado *Confesiones de un lector*<sup>1</sup> que, bajo el subtítulo *de 2,00 a 2,15 p.m.*, nos habla del primer encuentro del propio Onetti con otro escritor llamado William Faulkner, nacido en Oxford, Mississipi, aquel que relatará en *Santuario*<sup>2</sup> una apasionante historia. Se trata de aquella novela en la cual unos curiosos personajes, los Snopes, se unen a Popeye y, en dual protagonismo, se hacen dueños de un entorno social que han abandonado los Compson. Popeye en concreto deambula por los espacios míticos de la imaginación y de la naturaleza más disconforme y, al lograr una breve victoria sobre Yoknapatawpha, provocará aquellas catástrofes que nunca imaginara. Bueno, el autor norteamericano cobrará vida en otras reflexiones onettianas de este libro, como la última precisamente, «IncurSIONES en Faulkner» donde se habla de las traducciones que se han hecho de sus obras y de los errores o defectos de las mismas, a lo que, en ocasiones, contribuyó el propio autor.

«La novela *The stealers* (Los ladrones) se llamó *The reavers*. Pero a Faulkner le gustaba más deletrearlo en un escocés arcaico: *The reivers*. Decía: «Esto suena más fanfarronesco que *reavers*, que es la palabra americana que significa lo mismo, pero resulta más suave; demasiado parecido a *Weavers*, urdidores de cuentos». Onetti fue un escritor singular. Observador perspicaz y curioso, este libro viene a resumir sus observaciones en torno a la literatura, el periodismo, la vida. La suya es la tarea de un incansable lector, pues soó a través de sus lecturas continuas, de su afán por formar parte del mundo que le tocó vivir, nos permite comprender las alternativas que el libro o las pasiones políticas pueden deparar a los ciudadanos. Jorge Onetti en un no reconocido prólogo viene a

decir que los trabajos del autor de *Juntacadáveres* contenidos en este volumen llegan a conseguir un «Equilibrio difícil de lograr porque la diferencia entre el mundo del escritor y el del periodista es similar a la existente entre el de un espadachín, fogueado en duelos contra la muerte y el olvido, y el de un profesor de esgrima». Efectivamente, es enternecedor el modo como Onetti mira a su alrededor. «La vida tiene una asombrosa imaginación y fuerza suficientes para inventar e imponer infiernos privados, efímeros paraísos subjetivos»... Siempre Faulkner. Luego, en «Reflexiones de un autócrata» se habla de autores y personajes y cómo uno de ellos, «Marlowe casado y en apariencia feliz se rebeló: obligó al autor a duplicar su diaria ración de whisky y lo mató en pocos días», contrasentido a los protagonistas pirandellianos ya que aquellos buscaban un autor y el detective Marlowe, u otros rebeldes titulares de la ficción, convierten en realidad ese «triumfo del personaje sobre el escritor» de que habla Juan Carlos Onetti. La anécdota de «Reflexiones de un lector» vivificará a quien lo es.

La publicación de *Confesiones de un lector* por parte de Alfaguara en 1995, pocos meses después de la muerte de su autor, nos permite acercarnos a un Juan Carlos Onetti preocupado por cuestiones tan cercanas como la descrita en «Reflexiones de un visitado», donde se habla de aquellos hombres y mujeres a quienes grotescas dictaduras, guerras civiles u otros problemas convierten en extranjeros. Recuerda a aquellos, intelectuales o no, que llegaron a la América Hispana y dice: «Todos sabíamos que devolverlos a España significaba enviarlos al presidio o al pelotón de fusilamiento o al garrote». Después analiza las ilusiones perdidas, o el tiempo ganado a la esperanza, de aquellos escritores que suponen que la edición de una revista literaria es la panacea para lograr la fama o, al menos, para que los demás participen de sus universos improbables: son sus «Reflexiones de un 'Revistero'», con los números 1 de aquellas revistas que pocas veces alcanzan la siguiente edición. Proust, el tiempo de la infancia y una curiosa bibliotecaria forman el esqueleto de «Reflexiones de un perdedor», donde

<sup>1</sup> Juan Carlos Onetti: *Confesiones de un lector*. Ediciones Alfaguara, Madrid, 1995.

<sup>2</sup> William Faulkner: *Santuario*. Ediciones Alfaguara, Madrid, 1980.

Onetti se lamenta de los libros que van quedando en las casas que abandonamos y de los que no existen en las que pretendemos ocupar, de donde nos queda la sensación del escaso valor que los libros tienen para ayuntamientos o instituciones. Y es que todo parece negar la posibilidad de la lectura, la determinación de algunos seres para comprender el mundo que encierran los libros. «Reflexiones de un congresista» recuerda la invitación para participar en un congreso de escritores de lengua española. «Recuerdo —dice Onetti— que mientras charlábamos sobre literatura en México, el presidente argentino, Onganía, quiso contribuir al mejor éxito de los proyectos que discutíamos firmando un decreto por el cual los editores argentinos pagarían solamente el 5 por ciento de los derechos de autor en lugar del 10 que era habitual». En otra ocasión el periodista Onetti reflexiona sobre una noticia excepcional, el desembarco en Normandía, un recuerdo feliz.

Onetti fue un testigo de excepción del mundo violento que le tocó vivir, incluso cuando decidió recluirse en su domicilio y mirar desde allí cómo pasaba la vida. Así recuerda cómo solía conocer de antemano una buena obra o vive la nostalgia del amor y medita sobre literatura nonata, aquella que es difícil publicar como lo fue su primer libro de veinteañero. Analiza a protagonistas imposibles de una América que no les reconoce, los leninitos, o recuerda la ayuda recibida de esas fuentes que hacen posible la noticia. Más profunda es su «R. sobre Pigmalión» y los hombres de la Meca del cine, los dueños del oro, no de la inteligencia. Ser humano era parte de las expectativas de Onetti, por eso extraña lo contrario o nos implica en cuestiones de escaleras, premios, infancias o supersticiones. Habla de noticias que pueden modificar el mundo, de un invento excepcional o de la inefable Alicia de Carroll. Prima siempre su interés por conocer todos los paisajes y «el vicio de escribir», pues tal vez crea que sólo en los libros, en el mundo abierto de la palabra, se encuentra la verdad de la existencia, el futuro de la memoria. La inserción de un pretendido manuscrito es la excusa para opinar sobre tiempos pasados; después vendrá el afianzarse en torno a la obra faulkneriana y otras cuestiones de literatura norteamericana. Aprendió Onetti a convivir con los españoles, como había convivido muchos años con los libros. Nos deja la

sensación de haberle ganado la partida a la soledad. Es arrobo, embeleso, lo que queda cuando el escritor uruguayo habla del autor de *Mientras agonizo*, sobre todo en dos sucesivas divagaciones sobre «su» Bill, de quien dice: «nunca evitó recordar que cuando le dieron el premio Nobel, en 1949, era imposible encontrar un libro suyo en ninguna librería USA: habían desaparecido siete años antes, convertidos en pulpa de papel para fabricar cartones». Todo ello nos permite conocer a un gran escritor, a dos escritores, que hicieron de la vida el mejor escenario para conocer el ancho mundo.

A veces un escritor sensacional como lo fue Juan Carlos Onetti, se transforma únicamente en periodista y escribe páginas memorables, como es el caso de esas «Reflexiones de un discípulo» donde comienza hablando de Odysseus Elytis y pasa, enseguida, a contarnos la historia de Robert Boudin, un escritor decidido a todo por ver publicado su manuscrito. Hace, lógicamente, un reparo por las audacias de otros escritores, audacias gratuitas que les sirvieron para dar de comer, bien, al personal colindante y verse conducidos al fracaso, y luego, ya, rememora la aventura de Boudin. Lo hace en medio del sarcasmo, pero también de la crítica más despiadada hacia editores inmodestos y sanguijuelas cercanas. «Pienso en Mark Twain —dice— tratando de ser editor de sus propios libros y, como es natural, yendo a la quiebra. Recuerdo a Balzac y sus negocios editoriales y el fracaso. Recuerdo a Emilio Salgari con su editor cada día más gordo merced a Sandokán y a los tres corsarios, y Salgari suicidándose porque se moría de hambre». Luego Boudin «situación límite, que dicen —recurrió, actualizado, alquilar una avioneta Cessna 172 y a mentir— en su poster ultimátum al editor analfabeto— que la guiaba cargada de explosivos». Les invito a leer el final de este delirante espacio. Quiero pensar que los editores se portaron bien con Onetti, al menos en España. Alfaguara hizo una agradable presentación de su novela *Cuando ya no importe* (1993) con la proyección de un documental filmado por franceses que nos significó conocer la última etapa de la labor creadora de este escritor interesante y, ciertamente, muy imaginativo. En «Reflexiones de un sorprendido» nos cuenta una historia que parece inventada: en un país equis, un mandatario casi equino crea un llamado Ministerio para el Desarrollo de la Inteligencia. A

partir de ahí puede pasar de todo, y pasa. «Hace algún tiempo, un político exiliado de su país me ofreció (en broma) un ministerio, a elegir, para el día de su retorno triunfal. Le hice contestar (en broma) que aceptaba el sacrificio a condición de que antes fueran eliminados todos los imbéciles que habitan aquella patria. Me contestó (en serio) que no, que él era enemigo del genocidio». «Reflexiones de un amenazado» es el diapasón de la amargura. Cassius Clay es el ejemplo en «Reflexiones de un disciplinante» y nos hará pensar en la modestia. «Reflexiones de un asustado» nos enfrenta a los mundos de la técnica más agresiva.

Una historia de dictadores y sus mentiras desfila por «Reflexiones de un anclado», que pasa a recordar unos sucesos donde la poesía forma parte de la zona oscura de la sociedad en «Reflexiones de un poeta»: No queremos poesía, queremos comer», dice Onetti que dijeron «los vecinos de Ostia, (quienes) murmurando ostias de satisfacción, comieron hasta saciarse». Luego nos enteramos que hay personas con especiales características, como esas niñas que «a los ocho años de edad, no hablan en ninguna de las lenguas vivas europeas»; como rechazo a los gigantes que les importunaban para admirarlas, besarlas, alabarlas, es cuando el autor escribe sus «Reflexiones sobre otros Kennedy». «Reflexiones sobre un futuro mono» hablan del afán por inventar, por modificar lo terreno, de un futuro de asombros. Estas «Reflexiones de un desamparado» están dirigidas a las autoridades del intelecto; pide Onetti que no se castigue el placer de leer un libro, aunque sea hurtado; lo hace inventado las más feroces, imposibles, condenas. «Reflexiones de un envidioso» relata la argucia de un autor y sus autores para vender un libro, la conclusión es que algo hay que hacer para que lean los que no leen. En «Reflexiones de un admirador» asistimos a la real y cruel historia de un súbdito yanqui a quien se le acumulan las desgracias: desde ahí le será fácil comenzar nuevas luchas, ¿qué sucede después? La catadura moral de determinados negociantes de la cultura aparece en «Reflexiones para un editor» y los ejemplos asombrosos de Jerzy Kosinski enviando de forma anónima los mismos trabajos que antes habían sido calificados de ingeniosos a quienes lo habían hecho y que, ahora lógicamente sin leerlos, los devolvían con disculpas, de Gide «diciendo que a nadie podía interesar las vueltas

y revueltas que diera un personaje entre sábanas y en procura del sueño esquivo», refiriéndose a la obra capital de Proust o el necesario pleito que dio fama al *Ulises* de Joyce; hijos del desatino, muchos editores, directores de revistas, productores de cine, forman parte de la legión de ignorantes que, tal vez, también tengan derecho a vivir pero con cuyo concurso basado en el mercantilismo de las ideas poco hacen por el progreso de la cultura. «Recordemos —dice Onetti— el caso de Céline y *El viaje al fin de la noche*; su obra prácticamente rechazada por todas las editoriales francesas hasta que llegó a las manos de alguien que entendía...». La justicia de la pobreza, del abandono, de la miseria de quienes creen en su capacidad artística, es la que subyace en «Reflexiones de un justiciero». «Reflexiones de un presidente» sólo intenta animar a leer, a escribir. «Creo que el escritor, el bueno, nace ya destinado a serlo y que ni los éxitos ni los fracasos lograrán desviarlo de la fatalidad congénita». Nada tan apacible, apasionado y vehemente como esas «Reflexiones de un exiliado»: «Estar en España no es por completo un exilio: estoy unido por el idioma...», y luego el reencuentro con lo próximo, con lo cercano en «Reflexiones de un reexiliado». Un sueco se hace dueño de un barco, navega por los mares como un fantasma, contrata y hace desaparecer a una tripulación, etc., he aquí una historia: «Reflexiones de un náutico». Sarcasmo y rabia alientan las «Reflexiones de un insistente», por el desconocimiento de la cultura, en este caso gracias a confusas actitudes nada recomendables. Alguna resignación ocultan las «Reflexiones de un consejero», y «Reflexiones de un decadente» encierran un concienzudo ensayo acerca de los valores de nuestro siglo, acerca de las figuras que lo han hecho grande, acerca de la esperanza. «Reflexiones de un cinéfilo» nos trae la figura de Faulkner de nuevo, su valor como escritor y algunas cuestiones personales que nos ayudarán a conocerlo mejor. Divagando sobre agosto y los inmisericordes calores madrileños, Onetti presta atención al tema del nudismo y la serie de problemas y garrotos que su frecuentación estaba ocasionando por entonces, 1984, en las costas gallegas, atinadas y jocosas observaciones sobre un tema en el que la moral tiene poco que decir y mucho que hacer aún. Delicioso ese trabajo, «Dos hombres en Toulouse», que emparenta, ¡nada menos!, que a Carlos Gardel y a Augusto Roa Bastos, por